

256. Esperanza y optimismo

Cuando hablamos tanto de la esperanza, del optimismo que ha de distinguir nuestra vida y nuestra actividad, ¿sabemos bien lo que decimos? ¿No son más poderosas que nosotros las fuerzas del mal que nos ronda siempre? ¿Por qué sentirnos tan seguros en nuestra confianza y en nuestra alegría?...

Antes que darnos una respuesta, se me ocurre traer lo de aquel buen Cura que pudimos conocer. Estaba en una parroquia marginada, y llevó adelante una obra pastoral magnífica, empezando por la construcción del templo sin contar con un centavo... Siempre entusiasta, más de una vez se le preguntó con admiración:

- *¿Pero, de dónde saca usted estas energías? ¿Cómo ha podido hacer todo esto?...*

Y él respondía con lo que ya era su muletilla consabida:

- *Dios y yo lo podemos todo.*

Aquí está el secreto de nuestra esperanza y de nuestro optimismo: la fuerza de Dios, de ese Dios con el que contamos siempre. Somos optimistas y tenemos esperanza porque contamos con un Dios fuerte que está siempre a disposición nuestra. ¡Nada menos que el Dios FUERTE!...

Un atributo de Dios como éste nos subyuga. Donde termina el poder del hombre, donde se detienen impotentes las fuerzas de la naturaleza, ahí empieza el poder de Dios, a cuya fuerza nada puede resistir. Los apóstoles, zarandeados por las olas y a punto de naufragar, ven que Jesús, sereno ante el lago embravecido, le da la orden severa: - *¡Calla! ¡Enmudece!...*, y se dicen pasmados: -*¿Pero, ¿quién es éste, que hasta el mar y el viento le obedecen?...*

Esta fuerza soberana es la que motiva nuestra confianza en Dios. Por grandes que sean las tempestades del alma; por grandes que sean las dificultades de la vida; por punzante que se presente el dolor; por débiles que sintamos nuestras fuerzas..., no disminuye nada nuestra confianza, porque contamos con un Dios más fuerte que todo.

Cuando Napoleón subió al poder, un buen observador le decía a toda Francia:

- *Ahora tenemos un señor: lo puede todo, lo entiende todo y lo quiere todo.*

Frase bonita, pero que no pasa de bonita. Porque no hay mortal de quien se pueda decir con verdad cosa semejante.

De Dios, sí. De Dios lo podemos decir sin miedo a ser desmentidos. Lo puede todo, y, al amarnos, lo quiere todo también para nuestro bien.

Dios es más fuerte que nadie, y nadie le puede resistir. como lo reconocía uno de las grandes reyes antiguos en el lecho de muerte, cuando ya tenía a toda Francia en sus manos: - *¡Qué grande es Dios, cuando deja morir así a reyes tan grandes!* (Clotario, +561)

Se abaten los grandes en la presencia de Dios, porque Dios quiere levantar a los humildes, a los sencillos, a los pobres, a los que en todo momento se fían de Él. Por eso tenemos confianza en Dios, porque se pone de nuestro lado, y nosotros sabemos que nadie ni nada nos va a vencer.

Viene aquí la conocida leyenda de San Cristóbal. Era un joven pagano, aventurero, con la cabeza llena de sueños, que quería ser grande, y para eso se escapa de su casa con la intención de ponerse al servicio del dueño más grande que encuentre. Así llega a servir al rey. Pero un día se escapa de su servicio:

- No; yo no sirvo a ese rey tan cobarde que tiene miedo al demonio. Esto quiere decir que el demonio es más fuerte que el rey. ¡Yo me pongo a las órdenes del demonio!

Hace ahora pacto con el demonio, se entiende muy bien con él, hasta que un día exclama: -¿Yo servir al demonio? ¡Basta ya! Si éste es más cobarde que el rey. El demonio tiembla cuando ve una cruz. ¿Por qué tiene que tener miedo a dos palos, uno clavado encima del otro?

Como era pagano y no sabía nada de la religión cristiana, le explican: -No, el demonio no tiene miedo al madero, sino a Jesucristo que murió en el madero, y con el madero venció a Satanás. Entonces Cristóbal: -¡Ah! Esto quiere decir que ese Cristo es más fuerte que el demonio. ¡Me pongo a las órdenes de Cristo! ¡Yo quiero al dueño más fuerte!...

Un santo ermitaño le propone: -¿Quieres servir a Cristo, el Dueño más fuerte? Mira, aquí está la barca para transportar las personas a la otra orilla del río. Préstales tú este servicio por amor a Jesucristo.

Aceptada la propuesta, cumple a cabalidad su oficio. Hasta que un día, al tener que pasar a la otra parte a un niño y no contar con la barca, se lo pone sobre sus hombros y ¡adentro con esta criatura hasta la otra orilla! Pero aquel chiquillo pesaba tanto, que el hombre forzudo no podía más. Se encuentra con el ermitaño santo, que le dice: -¿No sabes quién es ese Niño que has traído? Es Jesús, que tiene mucha más fuerza que tú. Ese es Dios, que te espera en el Bautismo.

El aventurero aquel se hacía cristiano, porque al fin había hallado al Señor que era más fuerte que todos los señores. Hoy le damos el nombre de San Cristóbal, el patrono de los conductores...

Dejamos la leyenda divertida, y vamos al grano que se esconde bajo tan bello ropaje.

Ante las dificultades de cada día, ante el cansancio, ante el dolor, ante los fracasos, ante cualquier dificultad, no se desanima nunca quien se apoya en el Dios fuerte.

El único que triunfa en la vida es el que confía en Dios.

El único que nunca pierde el optimismo, es el que cuenta siempre con Dios.

El único que es capaz de ayudar a los demás, como el Cristóbal de la leyenda, es el que tiene consigo a Dios, el cual se hace responsable de cualquier trabajo que los suyos hacen por su amor.

El único que no se desanima nunca y sale a flote de todas las dificultades, es el que sabe decir como el Cura de la barriada: ¡Dios y yo lo podemos todo!...

El que pone en Dios su esperanza, compromete al mismo Dios, que se tiene que decir a Sí mismo: -Si no ayudo al que confía en mí, me vence uno más pequeño, ¡y eso no puede ser!...